

JUAN LATINO. TALENTO Y DESTINO. UN AFROESPAÑOL EN TIEMPOS DE CARLOS V Y FELIPE II

AURELIA MARTÍN CASARES

Granada, Editorial Universitaria de Granada, 2016, 219 págs.

ISBN 978-84-38-5929-7

Durante los siglos XVI, XVII y XVIII la presencia africana en la Península Ibérica fue bastante habitual. Aunque tendamos de una forma un tanto apresurada a identificar africanos con esclavos, lo cierto es que muchos de ellos, por nacimiento o por manumisión, vivieron como hombres libres en una sociedad que nunca acabó por aceptarles del todo, y algunos consiguieron incluso escapar del anonimato, como Antonio Machuca en el Cádiz de finales del siglo XVIII, al cual el color de su piel le impidió que el Colegio de Corredores le acogiera en su seno, Chikaba, o sor Teresa Juliana de Santo Domingo, religiosa a la cual se le vetó la profesión en el convento de dominicas de Salamanca, o Juan de Pareja, discípulo de Velázquez que en sus autorretratos se sometió a un creciente proceso de “blanqueamiento”.

Muy recientemente se ha pretendido, y conseguido en parte, rescatar su presencia, comenzando por la obra colectiva dirigida por Kate Lowe *Black Africans in Renaissance Europe* (2005), y a partir de ahí se ha comenzado a rastrear la aparición de los africanos en fuentes tan dispares como la iconografía, la literatura, o la propia documentación manuscrita, revelándonos que fueron muy comunes en las ciudades ibéricas del momento, y que la falta de menciones sobre su existencia por parte de la historiografía pasada se debe simplemente al olvido más o menos consciente o voluntario, ya que en la ciencia histórica se cumple muy bien el conocido adagio de *quien no busca, no encuentra* (y al revés, naturalmente).

En esta línea hay que situar la obra de Aurelia Martín, posiblemente la gran especialista española sobre la esclavitud, que iniciara su andadura estudiando los esclavos (y esclavas) granadinos del siglo XVI (2000), y que desde entonces ha dado sobradas muestras de su competencia en numerosos trabajos publicados tanto en España como en el exterior. Era, no cabe duda, la persona más indicada, tanto por este motivo como por el hecho de ser profesora en la universidad de Granada, para realizar la revisión de una figura un tanto desvaída por el tiempo como Juan Latino, el conocido africano que llegó a ser miembro del

claustro universitario granadino, y que fuera citado por Cervantes o Lope de Vega como ejemplo de sabiduría y de buen sentido.

Aunque Juan Latino no ha sido en modo alguno ignorado por la historiografía, comenzando por los estudios de Marín Ocete en la década de 1920, sí es cierto que normalmente los historiadores que se han acercado a su figura han solido repetir de manera un tanto acrítica lo que han dicho sus predecesores, contribuyendo de este modo a la perpetuación de tópicos y errores. Nada de ello se le puede achacar a la autora, que ha vuelto a las fuentes originales, y que incluso nos aporta nueva documentación sobre la figura de su objeto de estudio. Dada la penuria de las fuentes, al final los interrogantes se abren más que se cierran, como la hipótesis de que fuese hijo del II duque de Sessa y de Magdalena, esclava africana de la duquesa, cómo funcionaría un matrimonio mixto en la España de Felipe II (su esposa, Ana, era de piel blanca) o cómo llegó a identificarse profundamente con el sistema de valores de la sociedad española del momento, autodefiniéndose constantemente como “cristiano etíope”, lo que de paso le servía para distanciarse (y que le distanciaran) de los moriscos.

La autora no se conforma con ofrecernos una panorámica de la vida de Juan Latino, sino de cuál ha sido su repercusión en la posteridad. Es cierto que tiene algún olvido al respecto, como la omisión de la obra “El negro Juan Latino o cuidado con los maestros” incluida en la recopilación *El Decamerón español* (tomo II, 1805) publicada por Vicente Rodríguez de Arellano, pero nos parece su intención sumamente acertada, puesto que el historiador no ha de ocuparse solamente del estudio del pasado (lo cual, al fin y al cabo, es mera arqueología), sino de cuál es su proyección en el presente, ya que ello contribuye a convertir nuestra disciplina en algo lleno de vida que, a pesar del tiempo, permanece plenamente operativa. Al fin y al cabo, y parafraseando al siempre grande Marc Bloch, la historia no es solamente el pasado, también lo que hacemos con él.

Arturo Morgado García

Universidad de Cádiz